

vez?”. Entraría, sí, como Catedrático de la Complutense. Para animarle a ser Perito Agrícola, su padre le llevaba con él a trabajar a los pueblos de la Provincia y cuando podía, dibujaba.

Un día en que la faena se había dado bien en Villamalea, paseando padre e hijo por la Calle Ancha de Albacete, él se paró ante el escaparate de una librería en el que había una caja de pinturas de colores que tan bien le vendrían. La mirada del hijo no se le escapó a Miguel Requena que ya debía pensar que el chaval lo iba a conseguir y entró en la tienda a comprársela. “¡Era de veinticuatro colores, para mí como un regalo del cielo Isabel, y en aquél momento sentí que ya no podía renunciar a mi vocación por lo que seguí soñando!”. Cuando pasados los años estaba ya situado en el mundo del Arte, Rafael Requena en sus viajes a Albacete paseaba por la Ciudad y se detenía siempre en la librería recordando emocionado el gesto de su padre que, sin decirlo, dijo: “Animo Rafael, cumple tus sueños, sé feliz!”.

Ser manchego, siempre es volver

Contó siempre con el apoyo y la amistad del maestro José Antonio Lozano y hombre que como bien nacido entendió lo de ser agradecido, habló muchas veces de lo que por él había hecho el viejo pintor albacetense. Se movía bien por los círculos de la Cultura de la Ciudad en aquellos tiempos pero sabía que era imprescindible el salto a Madrid, por lo que se enroló voluntario al Servicio Militar, siendo destinado a un Batallón de Infantería del Ministerio del Ejército en Cibeles, “y como me había dicho un paisano de Caudete que también era aficionado a pintar, desde allí cruzaría la calle Alcalá para ir a la Escuela de Artes y Oficios que estaba en Marqués de Cubas y más adelante a la de Bellas Artes de San Fernando en la misma Alcalá junto a la Puerta del Sol”.

Cuando terminaba el servicio de mañanas le quedaban las tardes para ir al Museo del Prado o al Casón del Buen Retiro a copiar y los bedeles le tomaron simpatía a aquél muchacho proporcionándole algún trabajo. El les hablaba de su pueblo, donde las buenas gentes se acordaban de él y pensaban: “¿Qué será del Rafaelico, el de la Rosario y el Miguel, estará triunfando en los Madriles?”... En ello estaba cuando conoció a Josefina Burgos, le tiró los tejos, se casaron, tomaron alquilada una habitación con derecho a cocina, Rafael trabajaba incansable en la Escuela y por las noches coloreando fotos y pintando cosas que llevaba Fina a entregar. Vinieron los hijos, compraron piso a cambio de “letras”, se hicieron realidad los sueños, entró en Bellas Artes, dio los pasos seguros para ser uno de los más grandes pintores del siglo XX, ayudó siempre a cuantos pudo, unos se lo agradecieron y otros, de casta bien diferente a la de bien nacidos, no. Habían hecho una familia feliz y caliente de sueños, viajaban todos juntos y “ hoy te puedo decir, que toda la familia Requena-Burgos, Fina, María José, Maité, Rafael y yo estamos metidos con alegría en estas cosas del Arte”.

¿Os acordáis de aquel día aquí, en esta Casa, cuando en un homenaje a la Rosa del Azafrán, él, mientras los poetas cantaban a las “roseras” que salen en las madrugadas del otoño a recoger con mimo esa “flor arrogante que se abre al nacer el día y muere al caer la tarde” plantó el bastidor en el escenario y se

puso a pintar a la acuarela esa “suerte” de azafranal que luego regaló generoso?...Pués eso lo ha hecho el maestro Requena muchas veces. Ejerció la docencia como Profesor y Catedrático en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense, escribió libros de texto sobre Dibujo, viajó por España y el extranjero, presidió instituciones artísticas, dirigió Congresos, fue en Pintura maestro y señor de la Acuarela, y cuando a la vuelta de otras latitudes le preguntaban dónde mejor, decía siempre que “habiéndolo experimentado todo, hay Lugares que para mí han sido siempre un reto, los paisajes de La Mancha”.

Medalla de Oro de la su Muy Noble, Muy Leal, Fidelísima y Real Villa de Caudete de la que es Hijo Predilecto y donde hay un “Museo de la Acuarela Rafael Requena”, Castellano Manchego del Año 1990 por Albacete, Medalla de Oro de la Provincia, autodidacta, aprendiz de la belleza en el conclave de hermosuras de España, alardeando en todas partes de su orgullo de caudetano, albacetense y español, éste Rafael Requena Requena tenía algo que un día confesó ser “eso que está tirando de la sangre, el corazón y el alma toda la vida, clamando entre los recuerdos del pasado, la nacencia, la juventud y las amables melancolías de la madurez”. Eran sus besanas interiores, llevar consigo y a todas partes el aroma a tierra mojada después de la lluvia de primavera, el crujir del sarmiento que se quema en la lumbre campesina, la polvisca de la era, el botijo de agüita fresca recogida en la acequia, preparar los zapatos nuevos para ir a la fiesta de Moros y Cristianos a honrar a la Virgen de Gracia, sacar los lápices o los pinceles y pintar ese horizonte del pueblo sobre el que el sol extiende su clámide al atardecer. Lo dijo siempre, me lo repitió muchas veces. **“Isabel, amiga, ser manchego, es volver”.**

ISABEL MONTEJANO

